

RAMON Y CAJAL EN AYERBE

Por MIGUEL DOLÇ

No es de extrañar que el mismo Ramón y Cajal afirmara que carecía de «patria chica bien precisada»¹. Nace casualmente en la aldea de Petilla, islote navarro enclavado por singular capricho geográfico en la provincia de Zaragoza: azares de la profesión médica habían llevado allí a su padre, «aragonés de pura cepa» (p. 23). No pudo guardar Ramón y Cajal del pueblo nativo recuerdo alguno; sus relaciones con el villorrio humilde, «uno de los más pobres y abandonados del Altoaragón» (p. 30), debían reducirse «solamente a solicitar, recibir y pagar serie inacabable de *fees* de bautismo» (p. 28). Sale de allí a los dos años de su nacimiento. En tierras aragonesas transcurren los primeros años de su infancia: en Larrés, Luna y Valpalmas. Pero sólo cuando en 1860, cumplidos sus ocho años, se traslada su padre a la villa de Ayerbe, «cuya riqueza y población prometíanle mayores prestigios profesionales y más amplio escenario para sus proezas quirúrgicas» (p. 45), puede referirse el genial histólogo a una verdadera patria chica, porque allí pasó el período más crítico y a la vez más plástico de su adolescencia y juventud.

En Ayerbe radica, en efecto, el primitivo *genius loci* de Ramón y Cajal. El sincero y total ayerbismo de Ramón y Cajal se acusa en el

1. S. RAMÓN Y CAJAL, *Mi infancia y juventud*, cap. II, p. 28. Cito regularmente, por razones de comodidad, en este escrito a Ramón y Cajal según la edición de sus *Obras literarias completas*, Madrid, Aguilar, 1950. Dada la frecuencia con que desgloso fragmentos y expresiones de *Mi infancia y juventud*, las citas de esta obra se intercalan en el mismo texto, a fin de no acumular innecesariamente las notas. Otras veces acudiré a ediciones anteriores, ilustradas con notas, que no aparecen en la citada edición de sus *Obras*.

apelativo de «paisanos» que da a los ayerbenses (p. 165). De Ayerbe procede su formación humana, su actitud política, su alma y su inteligencia. Es natural que cite él mismo la opinión de muchos educadores según los cuales todo el porvenir de un hombre está en su infancia (p. 47). En Ayerbe está en germen todo el porvenir de Ramón y Cajal; las estancias, motivadas por los estudios de bachillerato, en Jaca y en Huesca, sólo conseguirán perfilar los pormenores y acusar los rasgos característicos.

La parte más extensa, dinámica y significativa de las memorias contenidas en *Mi infancia y juventud*, primera parte de *Recuerdos de mi vida*, está consagrada a los años transcurridos en Ayerbe. Ayerbe vibra en estas admirables páginas con vida y palpitación de cuerpo vivo, situando al libro, por su amenidad, lenguaje y humanidad, entre las obras más logradas de la picaresca española. En ellas estallan las manifestaciones temperamentales más importantes de su existencia: la independencia de carácter, la energía y poderío de la voluntad, la ambición de ser algo, el desarrollo de sus facultades artísticas, la meditación ante la tragedia y la muerte, la aurora del amor. Las descripciones y los recuerdos de la villa altoaragonesa cobran en su libro de memorias el mayor relieve y la mayor dimensión de su estilo; basta desglosarlos de su obra para obtener, casi sin comentarios, el resultado de la influencia ejercida por Ayerbe sobre Santiago Ramón y Cajal.

LA VILLA

La descripción de la villa es exacta y minuciosa: «Es Ayerbe villa importante de la provincia de Huesca y famosa por sus vinos en todo el Somontano. Está situada en la carretera de dicha ciudad a Jaca y Panticosa, no lejos de la sierra de Gratal, primera estribación del Pirineo aragonés. Sus pintorescas casas extiéndense al pie de un monte elevado de doble cima, una de las cuales aparece coronada por las ruinas, aún imponentes, de vetusto castillo feudal. En el centro del pueblo, dos grandes y regulares plazas dan amplio espacio a sus mercados y ferias, famosas en toda la comarca. Entre ambas plazas sirve de lindero, al par que de adorno, cierta opulenta mansión señorial que antaño perteneciera a los marqueses de Ayerbe» (p. 45).

Como curioso observador subraya en seguida Ramón y Cajal, procedente de zonas lingüísticas distintas, el «extraño dialecto» ayerbense,

«desconcertante revoltijo de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía *forato* por «agujero», *no pas* por «no», *tiengo y en tiengo* por «tengo» y «tengo de eso», *aivan* por «adelante», *muller* por «mujer», *fierro y ferrero* por «hierro» y «herrero», *chiqué y mocete* por «chico» y «mocito», *abrios* por «caballerías», *dámene* por «dame de eso», *en ta allá* por «hacia allá», *m'en voy* por «me voy de aquí», y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borradas hoy de mi memoria.

»En boca de los ayerbenses hasta los artículos habían sufrido inverosímiles elipsis, toda vez que *el, la, lo* se habían convertido en *o, a y o*, respectivamente. Diríase que estábamos en Portugal» (p. 46).

El eminente histólogo, preciso es confesarlo, penetrando de golpe en los campos de la lingüística en un tiempo poco preparado para críticas de este género, yerra de medio a medio. El «desconcertante revoltijo de palabras y giros» políglotas sólo existía como tal en su mente. Esta serie de características dialectales, verdaderamente interesante para el filólogo, tiene hoy un simple nombre científico: habla ayerbense. Ramón y Cajal, desconocedor del valor persistente de estos rasgos, la juzgó como una lacra efímera, cuando escribía en una nota refiriéndose a tales voces y locuciones: «Las cito aquí porque esa jerga altoaragonesa ha desaparecido hoy casi del todo, y posee, por tanto, el interés filológico de los dialectos muertos»². El habla ayerbense tan viva es hoy, en esencia, como un siglo atrás. El gran hombre de ciencia no supo—ni podía—interpretar esta autenticidad.

Inclinado Santiago, desde sus tiernos años, a los parajes solitarios y a las excursiones por los alrededores de los pueblos, encuentra en Ayerbe un magnífico escenario; del tránsito de este estado al torbellino de los juegos infantiles y de los ejercicios físicos media, paradójicamente, un leve paso: «En Ayerbe, una vez satisfecha la curiosidad inspirada por sus montañas, por su humilde río, cortado por alto azud y flanqueado por frondosos huertos, y, sobre todo, por su ruinoso y romántico castillo, que desde lo alto del monte parecía contarnos heroicas leyendas y lejanas grandezas, sentí la necesidad de sumergirme en la vida social, tomando parte en los juegos colectivos, en las carreras y luchas de cuadrilla a cuadrilla y en toda clase de maleantes entrenamientos que con los chicos de pueblo suelen solemnizar las horas de asueto» (p. 47).

2. S. RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida*, Madrid, 1923³, p. 24, n. 1. Las notas de esta edición no figuran en el volumen de sus *Obras*.

JUEGOS, TRAVESURAS Y DESMANES

Por una gradación casi inapreciable de valores, llegamos así a uno de los aspectos más conocidos y ruidosos de la estancia de Ramón y Cajal en Ayerbe, gracias al cual ha dejado en la villa un rastro, aún no desvaído después de ochenta años, de «niño malo». Contribuyeron sin duda a crear este clima no sólo sus dotes de muchacho revoltoso y travieso, sino las circunstancias especiales en que se formó y creció. Su aparición, a los ocho años—confiesa él mismo—, en la plaza pública de Ayerbe «fue saludada con una rechifla general de los chicos. De las burlas pasaron a las veras. En cuanto se reunían algunos y creían asegurada su impunidad, me insultaban, me golpeaban a puñetazos o me acribillaban a pedradas. ¡Qué bárbaros éramos los chicos de Ayerbe!» (p. 45). En este uso de la primera persona del plural se halla la solución de todo. La inquina obedecía sin duda a una combinación de rusticidad, envidia e ignorancia. Pese a su humilde indumentaria, el hijo del médico, que no gastaba calzones ni alpargatas, ni ceñía con pañuelo su cabeza, pasaba entre «aquellos zafios» por señorito; su lenguaje, relativamente castizo, era considerado por los rapaces de Ayerbe como «insufrible algarabía» (p. 47). Y surgió espontáneamente el remoquete para designar a aquella «criatura díscola, excesivamente misteriosa, retraída y antipática» (p. 35) que fue Santiago durante su niñez: el «forano», el forastero. No será éste su único apodo: pocos años después, al asomar en el Instituto de Huesca, se le gratificará con otros dos: el «italiano» y el «carne de cabra».

Pero el mozalbete no se amilana: no lo hará nunca. Estudia la situación y, poco a poco, triunfa su férrea voluntad. Empieza por acomodarse a aquella «estrafalaria jerigonza», atiborrando su memoria de «vocablos bárbaros y de solecismos atroces» (p. 47) y, una vez amainada la mala voluntad de los compañeros, se da tal maña en asimilar y superar «las bellaquerías, tretas y picardías de los chicos de Ayerbe, que tuve la honra de figurar rápidamente en el «índice de malas compañías» formado por los timoratos padres de familia» (p. 51).

Tratábase primero de diversiones y zalagardas: tomó parte «en los juegos del peón, del tejo, de la *expandiella*, del marro, sin olvidar las carreras, luchas y saltos en competencia, hallando en todos estos deportes la sana alegría asociada a la actividad sobreexcitada de todos nuestros órganos y a la conciencia personal del acrecentamiento de la energía

muscular y de la acuidad sensorial» (p. 48). Pero el cariz de las diversiones tomaba a menudo un tono más peligroso: «Los chicos de Ayerbe no se entregaban solamente a juegos inocentes: el tejo y el marro alternaban con diversiones harto más arriesgadas y pecaminosas. Las pedreas, el merodeo y la rapiña, sin consideración a nada ni a nadie, constituían el estado natural de mis traviesos camaradas. Descalabrarse mutuamente a pedrada limpia, romper faroles y cristales, asaltar huertos y, en la época de la vendimia, hurtar uvas, higos y melocotones: tales eran las ocupaciones favoritas de los zagalones del pueblo, entre los cuales tuve pronto la honra poco envidiable de contarme» (p. 48).

¿A qué atribuir esa tendencia al merodeo a que con tanta frecuencia se entregan los chicos? Ramón y Cajal se plantea seriamente esta cuestión. Quienes tomaban parte en la rebatiña de huertos y viñas tenían precisamente en casa la fruta a canastas. Ramón y Cajal, después de meditar el problema de todos los tiempos, cree hallar la clave principal del enigma en diversos factores conjugados: el ansia de emoción, el espíritu de independencia, la crueldad y la inclinación al dominio. «A semejanza del indio bravo, el niño es todo voluntad. Ejecuta antes que piensa, sin dársele un ardite de las consecuencias. Ante su tiránico querer, ante su absorbente individualismo, afirmado constantemente con actos de pillaje y de vandalismo, las leyes son papeles mojados, y la propiedad mera ficción sostenida por jueces y gobiernos» (p. 49-50).

Solo al principio opuso Santiago algunas resistencias a los juegos brutales y a las hazañas del escalo de huertos. Pero pudo más en él el espíritu de imitación que los consejos de sus padres y los mandamientos del decálogo. Y aunque su nativa caballeridad no transigió jamás en el abuso de la fuerza con el débil y en la agresión injusta y cruel (p. 50), se convirtió a no tardar en jefe de la desmandada pandilla. Con insuperable gracia de estilo y gran acopio de datos se deleita en la narración: «Pronto tuve camaradas entusiásticos, compañeros de glorias y fatigas que emulaban mis flores y habilidades; recuerdo entre ellos a Tolosana, Peña, Fenollo, Sanclemente, Caputillo y otros, a los que vino a juntarse más tarde mi hermano Pedro, dos años más joven que yo. Merced a gimnasia incesante, mis músculos adquirieron vigor, mis articulaciones agilidad y mi vista perspicacia. Brincaba como un saltamontes, trepaba como un mono, corría como un gamo; escalaba una tapia con la viveza de una lagartija, sin sentir jamás el vértigo de las alturas, aun en los aleros de los tejados y en la copa de los nogales, y, en fin, manejaba el palo, la flecha, y sobre todo la honda, con singular tino y maestría.

»Tantas y tan provechosas aptitudes no podían estar ociosas. Mi habilidad en asaltar tapias y en trepar a los árboles dióme pronto triste celebridad. Como el Buscón de Quevedo, cobraba censos, diezmos y primicias sobre habares, huertos, viñas y olivares. Para la cuadrilla capitaneada por mí criábanse los más sabrosos albérchigos, las más almibaradas brevas y los más suculentos melocotones. De nuestras reivindicaciones comunistas, inspiradas en normas de estricta equidad, no se libraban ni el huerto del cura ni el cercado del alcalde. Ambas potestades, la eclesiástica y la civil, nos tenían completamente sin cuidado» (p. 51).

Interesa mucho observar cómo, ya desde niño, aunque se mostrara tan diligente y dispuesto en todo género de travesuras y algaradas, se sintió atraído Santiago singularmente por aquellas en que entraba por algo la mecánica. Los mismos rudimentos de Geografía, Gramática, Cosmografía y Física con que su padre había «despabilado—confiesa—mis turbias entendederas, entraron por algo en mis hazañas de mozalbete. Tengo para mí que dichos conocimientos, tempranamente adquiridos, produjeron cierto hábito de reflexión que me valió sobresalir rápidamente entre los ignorantes pilluelos que me rodeaban, superando a muchos de ellos, así en la maquinación de ardidés, picardías y diabluras, como en el dominio de los juegos y luchas más o menos brutales» (p. 50-51). De aquí que todos los camaradas reconocieran, bajo este aspecto, su superioridad y que su concurso fuera siempre «solicitado por muchos y no para cosa buena» (p. 52).

Si había que armar una cencerrada contra viejo o viuda casados en segundas o terceras nupcias, Santiago hacía flautas y «chifletes», disponía tambores y cencerros; si se preparaba una pedrea en las eras cercanas o camino de la fuente, él cargaba con el delicado cometido de fabricar las hondas, que hacía de cáñamo y de trozos de cordobán o del mismo material de los borcegués, «cuya altura, claro es, disminuía progresivamente»; si se jugaba a guerreros antiguos, a él se acudía para yelmos, corazas, arcos y flechas (p. 52-53). Las flechas no se empleaban exclusivamente en vanos simulacros de guerra antigua; servían también para menesteres más prácticos. «Cazábamos con ellas pájaros y gallinas, sin desdeñar los perros, gatos y conejos, si a tiro se presentaban» (p. 53).

Es lógico que tan arriesgadas empresas cinégeticas le costaran soberbias palizas, persecuciones y disgustos. Como jefe nominal de la cuadrilla, Santiago cargaba siempre con la culpabilidad: «No se mataba perdiz o reclamo en jaula, ni conejo o gallina en corral, cuya responsabilidad no se me imputara, bien en concepto de autor material, bien a

título de fabricante del cuerpo del delito, ora, en fin, como instigador a su comisión» (p. 53). Con todo, debe de haber un fondo de verdad en la confesión de un hombre que de niño tuvo innegables sentimientos de clemencia hacia los animales (p. 37): «A pesar de todo, yo era un infeliz. En mis desmanes ponía más vanagloria y condescendencia que mala voluntad. Y cuando causaba un daño lo deploraba con sincero arrepentimiento. Pero el ansia loca de sobresalir y de templar mi espíritu con fuertes emociones, me obsesionaba. Y pasadas algunas semanas de reposo y contrición, las diabólicas instigaciones de los amigos me hacían volver a las andadas, bien seguro de que los futuros desmanes permanecerían secretos y no causarían la menor desazón a mis padres» (p. 54).

Los desmanes y las fechorías se acentuaron en el verano de 1863, cuando Santiago regresa a Ayerbe después de haber cursado el primer año de bachillerato en el colegio de los escolapios de Jaca. Contaba a la sazón once años. Pronto encontró sosas e infantiles las luchas de honda, de flecha y de boxeo. Y llega la más aparatosa e ingeniosa de sus hazañas bélicas: la fabricación de un cañón. Se sirve para ello de un trozo de viga, remanente de cierta obra de albañilería hecha en su casa; con ayuda de gruesa barrena, a fuerza de trabajo y de paciencia, labra en el eje del tronco un tubo, que alisa después todo lo posible a favor de una especie de sacatrapos envuelto en lija. Para aumentar la resistencia del artefacto, lo refuerza exteriormente con alambre y cuerda embreada; y, a fin de evitar que, al cebar la pólvora, se ensanchase el oído y saliese el tiro por él, lo guarnece mediante un ajustado canuto de hojalata, desprendido de vieja alcuza (p. 87). El ensayo de la pieza de artillería, desde su huerto, sobre la flamante puerta de un vecino cercado, fue coronado por el más lisonjero éxito. Pero costó al improvisado artillero cuatro días de cárcel. Y he aquí que el percance, en vez de hacerle aborrecer las armas de fuego, sobreexcitó su inclinación a la balística. «Se fabricó otro cañón, que disparamos contra una terrera; pero esta vez, cargada el arma hasta la boca, reventó como un barreno, sembrando el aire de astillas» (p. 91).

Santiago, incorregible admirador de la pólvora y curioso por el conocimiento de las ciencias naturales (p. 93), después del fracaso de un tercer cañón, cuya explosión le hirió en un ojo dejándole señal indeleble en el iris, buscó nuevas emociones en cierto escopetón enorme, roñoso, «que debió de ser de chispa, pero desprovisto de portapedernal y, por consiguiente, inútil» (p. 91-92). En tiempos de represión polí-

tica, cuando menudeaban las colectas de armas, servíase de él su padre para las requisas, mientras «tenía encerrada su magnífica escopeta de caza, amén de las municiones» (p. 91 ss.). Tal era el fusil que utilizaron Santiago y su hermano Pedro en excursiones y cacerías. «Púsele una especie de llave de latón, portadora de yesca encendida; arreglé la cazoleta, limpié el cañón y el oído, fabriqué la pólvora necesaria, hice balines y perdigones con trozos de plomo; y, una vez listos todos los preparativos, nos lanzamos al cobro de pájaros, perdices y conejos» (p. 92). Al salir en busca de aventuras, uncidos al pesadísimo escopetón, imaginaban los dos muchachos que la arcaica carabina les daba aspecto terrible. «¡Hermosa candidez de la infancia!—exclama—. Jamás matamos nada, y, sin embargo, habíamos puesto en él las más gratas esperanzas y el más férvido entusiasmo. Verdad es que, en la edad adulta, ocurre casi lo mismo» (p. 92-93).

PROGRESOS ESCOLARES

Con los tonos más pálidos, en cambio, describe Ramón y Cajal en sus memorias los progresos escolares realizados durante sus primeros años de estancia en Ayerbe. «Asistía a la escuela—declaraba llanamente—; pero atendía poco y aprendía menos» (p. 60). Con todo, su instrucción elemental era bastante buena gracias a las lecciones de su padre, que le enviaba al aula municipal antes con la mira de sujetarle que con la de que se ilustrara. «Este prudente freno a mi libertad imponíanlo mi carácter díscolo y mi afición a hacer novillos» (p. 60). Sin embargo, pese a todas las precauciones, en cuanto se presentaba la ocasión, «los revoltosos de clase hacíamos pimienta, solemnizándola unas veces con peleas que armábamos en las afueras; otras, explorando y escalando las ruinas del histórico castillo, en donde nos complacíamos en remedar las batallas medievales; en fin, a veces, engolfándonos en la vecina *sarda*, bosque secular de encinas, en donde pasábamos largas horas disparando flechazos a los pájaros y buscando nidos de *picaraza* (garza)» (p. 61).

Las frecuentes zurras paternas le escocían, pero no le escarmentaban. Contrariado en sus gustos, privado del placer de campar por breñas y barrancos, «a fin de ejercitar el lápiz del dibujante, la flecha del guerrero o la red del naturalista» (p. 63), asiste rezongando a la escuela, sin corregirse ni formalizarse. A la sazón están en pleno des-

arrollo sus instintos artísticos. Y «todo se reducía a variar el teatro de nuestras diabluras: los diseños del paisaje se convertían en caricaturas del maestro; las pedreas al aire libre se transformaban en escaramuzas de banco a banco, en las cuales servían de proyectiles papelitos, tronchos, acerolas, garbanzos y judías; y, en fin, a falta de papel de dibujo, servíame de las anchas márgenes del *Fleury*, que se poblaban de garmabainas, fantasías y muñecos, alusivos unos al piadoso texto, otros harto irreverentes y profanos.

»En la escuela, mis caricaturas, que corrían de mano en mano, y mi cháchara irrestañable con los camaradas, indignaban al maestro, que más de una vez recurrió, para intimidarme, a la pena del calabozo, es decir, al clásico cuarto oscuro, habitación casi subterránea plagada de ratones, hacia la que sentían los chicos supersticioso terror y yo miraba como ocasión de esparcimiento, pues me procuraba la calma y recogimiento necesarios para meditar mis travesuras del día siguiente» (p. 63).

Y allí, en la oscuridad de la cárcel escolar, sin más luz que la que se cernía penosamente a través de las grietas de un ventano desvencijado, tuvo el pequeño Santiago la suerte de hacer un «descubrimiento físico estupendo», nuevo para él: la cámara oscura, que siglos antes ya había tenido ¡por verdadero descubridor a Leonardo da Vinci. He aquí la curiosa observación del futuro autor de *La fotografía en colores*³, libro extraordinario desde el punto de vista técnico: «El ventanillo cerrado de mi prisión daba a la plaza, bañada en sol y llena de gente. No sabiendo qué hacer, me ocurrió mirar al techo, y advertí con sorpresa que tenue filete de luz proyectaba, cabeza abajo y con sus naturales colores, las personas y caballerías que discurrían por el exterior. Ensanché el agujero y reparé que las figuras se hacían vagas y nebulosas; achiqué la brecha del ventano, sirviéndome de papeles pegados con saliva, y observé, lleno de satisfacción, que, conforme aquella menguaba, crecía el vigor y detalle de las figuras. Por donde caí en la cuenta de que los rayos luminosos, gracias a su dirección rigurosamente rectilínea, siempre que se les obliga a pasar por angostísimo orificio, pintan la imagen del punto de que provienen. Naturalmente, mi teoría carecía de precisión, ignorante como estaba de los rudimentos de la óptica. En todo caso, aquel sencillo y vulgar experimento dióme altísima idea de la física, que diputé, desde luego, como la ciencia de las maravillas» (p. 63-64).

3. Madrid, 1921.

Por entonces, todavía «muy ajeno a las grandiosas perspectivas que abre al espíritu el estudio de las fuerzas naturales» (p. 64), se propuso Santiago sacar partido de su impensado descubrimiento. Y, montado sobre una silla, entreteníase en calcar sobre papel aquellas vivas y brillantes imágenes, «que parecían consolar, como una caricia, las soledades de mi cárcel». La fotografía seguiría siendo, a lo largo de su vida, el alimento de sus gustos artísticos contrariados (p. 272); en esta extraordinaria afición y competencia hay que ver una «conjunción de su amor a la ciencia y al arte»⁴.

INSTINTOS ARTÍSTICOS

Llegamos así a considerar una de las facetas características de la infancia de Santiago Ramón y Cajal: su actividad artística y literaria que tanto contribuyó a la popularidad del genial naturalista⁵. En Ayerbe, sobre sus diez años de edad, comenzaron o cobraron gran incremento en él aquellas disposiciones para el dibujo que tanto habían de favorecer al hombre de ciencia en sus descubrimientos futuros. No en vano consideró siempre el instinto artístico como uno de los elementos de la vocación del naturalista. «Sus esquemas—asegura Marañón—superan a los de los investigadores mejor dotados. Son, sin hipérbole, maravillosos»⁶.

Ya desde sus ocho o nueve años, sentía Santiago la «manía irresistible» de «manchar papeles, trazar garambainas en los libros y embadurnar las tapias, puertas y fachadas recién revocadas del pueblo con toda clase de garabatos, escenas guerreras y lances del toreo. Una pared lisa y blanca ejercía sobre mí irresistible fascinación» (p. 54). La oposición de sus padres, que «consideraban la pintura cual distracción nefanda», fuéle beneficiosa porque le obligó desde un principio a ejercitarse en la pintura del natural. «Salíame—dice—al campo y, sentado en un ribazo lindero a la carretera, copiaba carretas, caballos, aldeanos y cuantos accidentes del paisaje me parecían interesantes. De todo ello hacía gran colección, que guardaba como oro en paño» (p. 54-55). En

4. G. MARAÑÓN, *Cajal. Su tiempo y el nuestro*, Madrid, Espasa-Calpe, 1951³, p. 74.

5. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72.

6. MARAÑÓN, *op. cit.*, p. 72.

algunas ediciones de los *Recuerdos de mi vida*⁷, se reproducen diversos dibujos y acuarelas que se remontan a aquellos días: un labriego de Ayerbe, bebiendo en la taberna; la ermita de la Virgen de Casbas, en Losanglis, cerca de Ayerbe; una gallina con sus polluelos; el castillo de Loarre, que constituía una de sus obsesiones artísticas.

Falto de caja de colores para embadurnar sus diseños, se los proporcionaba raspando la pintura de las paredes o poniendo a remojo el forro, carmesí o azul oscuro, de los librillos de papel de fumar, ya que entonces las cubiertas estaban pintadas con colores solubles. «Recuerdo —precisa— que adquirí rara habilidad en la extracción del color de los papeles pintados, los cuales empleaba también a guisa de pinceles, humedecidos y enrollados en forma de difumino» (p. 55).

A estos gustos artísticos, cada vez más definidos y absorbentes, hay que atribuir en particular el amor a la soledad y el carácter huraño de Santiago. En realidad, explica él mismo, su sistemático arrinconamiento no nacía de aversión al trato social, como demuestran su colaboración y caudillaje en toda clase de juegos y jaranas; nacía de la necesidad de sustraerse, «durante mis ensayos artísticos y fabricaciones clandestinas de instrumentos músicos y guerreros, a la severa vigilancia de las personas mayores» (p. 55). Imperaba en su hogar la concepción utilitaria y un tanto pesimista de la vida, con dos consecuencias inevitables: el sobretrabajo y la economía más austera (p. 56). Sólo el pequeño Santiago reacciona obstinadamente contra un ideal tan mezquino de la vida, que mataba en flor todas sus ilusiones de mozuelo y cortaba bruscamente los arranques de su fantasía. Descontento del mundo que le rodea, se refugia dentro de sí mismo, dando origen a uno de los fenómenos más seductores de su infancia. «En el teatro de mi calenturienta fantasía sustituí los seres vulgares que trabajan y economizan por hombres ideales, sin otra ocupación que la serena contemplación de la verdad y de la belleza. Y traduciendo mis ensueños al papel, teniendo por varita mágica mi lápiz, forjé un mundo a mi antojo, poblado de todas aquellas cosas que alimentaban mis ensueños. Paisajes dantescos, valles amenos y rientes, guerras asoladoras, héroes griegos y romanos, los grandes acontecimientos de la Historia..., todo desfilaba por mi lápiz inquieto, que se detenía poco en las escenas de costumbres, en la copia del natural vulgar y en los tráfalos de la vida común» (p. 57).

7. Por ejemplo, en la citada, láminas VI y VII.

Pocas veces dibujaba soldados modernos, considerando antiartística y cobarde la guerra de nuestros días, a tiro limpio. De los asuntos guerreros pasaba al santoral, con preferencia por los santos de acción; entre éstos, claro es, gozaba de todas sus simpatías el suyo: Santiago apóstol, terror de la morisma. «Complacíame en representarlo tal como lo había contemplado en las estampas, o sea galopando intrépido sobre una parva de cadáveres de moros, la espada sangrienta en la diestra y el escudo en la siniestra. ¡Con qué piadoso esmero iluminaba yo el yelmo con un poco de gutagamba y pasaba una raya azul por la espada, y me detenía en las negras barbas, que me salían largas, borrascosas, cual suponía yo que debían de ser las de los apóstoles!» (p. 58).

Merece la pena, a este propósito, reproducir íntegramente una de las escenas más sabrosas de sus memorias, en la que ha vertido toda la sal satírica y burlona de su frasco picaresco: «Una de las copias del apóstol Santiago, ejecutada en papel e iluminada con ciertos colores que pude añiscar en la iglesia, fue causa de grave disgusto y de que mis aficiones artísticas tuvieran en mi padre, ya de suyo mal avenido con toda clase de inclinaciones estéticas, enemigo declarado. Aburrido ya, sin duda, de quitarme lápices y dibujos, y viendo la ardiente vocación demostrada hacia la pintura, decidió mi progenitor averiguar si aquellos monos tenían algún mérito y prometían para su autor las glorias de un Velázquez o los fracasos de un Orbaneja. Y como no hubiese nadie en el pueblo suficientemente idóneo en achaques de dibujo, recurrió el autor de mis días a cierto revocador y decorador forastero, llegado por aquellos tiempos a Ayerbe, cuyo cabildo le había contratado para enjalbegar y pintar las paredes de la iglesia, averiadas y chamuscadas por reciente incendio.

»Llegados a presencia del aristarco, desplegué tímidamente mi estampa, harto incorrecta; miróla y remiróla el pintor de brocha gorda, y, después de mover significativamente la cabeza y de adoptar actitud magistral y solemne, exclamó:

»—¡Vaya un mamarracho! ¡Ni esto es apóstol, ni la figura tiene proporciones, ni los paños son propios..., ni el chico será jamás un artista...!

»Aterrado quedé ante el categórico veredicto. Osó mi padre replicar:

»—Pero ¿de veras no tiene el chico aptitudes para el arte?

»—Ninguna, amigo mío—contestó, inexorable, el rascaparedes; y, dirigiéndose a mí, añadió—: Venga acá, señor pintamonas, y repare usted en las manazas del apóstol, que parecen muestras de guantero;

en la cortedad del cuerpo, donde las *ocho cabezas* prescritas por los cánones han menguado a siete escasas, y, en fin, fijese en el caballo, que parece arrancado de un tiovivo.

»Aplanado por la emoción, alegué algunas tímidas excusas; pero el cultivador del almagre y del albayalde hablaba *ex cathedra* y me desahució definitivamente. El silencio harto significativo de mi padre dióme a entender que todo estaba perdido. En efecto: la opinión del manchaparedes cayó en mi familia como el dictamen de una Academia de Bellas Artes. Decidióse, por tanto, que yo renunciara a los devaneos del dibujo y me preparara para seguir la carrera médica. En consecuencia, arreció la persecución contra mis pobres lápices, carbones y papeles, y necesité emplear todas las artes del disimulo para ocultarlos y ocultarme cuando, arrastrado por mi pasión favorita, holgábame en la copia de toros, caballos, guerreros y paisajes» (p. 58-60).

Obsérvese en el largo fragmento transcrito la letanía de apelativos con que obsequia al decorador forastero: «aristarco», «pintor de brocha gorda», «rascaparedes», «cultivador del almagre y del albayalde», «manchaparedes».

Así estalló entre Santiago y sus progenitores una guerra sorda entre el deber y el querer. La oposición había de prolongarse aún diez o doce años, y en ella, si no naufragaron del todo sus tendencias artísticas, murieron definitivamente sus aspiraciones. En Jaca debían retoñar vigorosamente sus «delirios artísticos» (p. 71). Odió la gramática latina, en donde no veía sino un chaparrón abrumador de reglas desautorizadas por infinitas excepciones que había que meter en la cabeza, quieras que no, a martillazo limpio, como clavo en pared. Ante la desconsoladora aridez, las divagaciones y ensueños de la fantasía invadieron las hojas del texto, cuyas márgenes se cubrían de vegetaciones parásitas de versos, paisajes, episodios guerreros y regocijadas caricaturas. «Mis textos latinos—Cornelio Nepote, el *Arte poética* de Horacio, etc.—, vencidos en esta batalla, formáronse rápidamente en álbumes, donde mi desbordante imaginación depositaba diariamente sus estrafalarios engendros. Y como las márgenes de los libros resultaban harto angostas para contener holgadamente todas mis alegres *escapadas al ideal*, más de una vez exclamaba: —¡Lástima de Gramática que no sea todo márgenes!» (p. 72).

La presencia de aquella decoración de ingentes montañas que rodean la histórica ciudad de Aragón, situada en uno de los valles más bellos y variados de la cordillera pirenaica, le hizo olvidar el «régimen de terror» a que estaba sometido en el colegio de los escolapios (p. 78). Sus incli-

naciones artísticas, en fin, serían más adelante reconocidas oficialmente en el Instituto de Huesca, donde consiguió en Dibujo la nota de sobresaliente y premio (p. 146), el único que consiguió durante sus cinco años de bachillerato.

DEVORACIÓN DE NOVELAS

Al final de las vacaciones estivales de 1864, después de cursar el segundo año de bachillerato en Huesca, el azar puso a Santiago Ramón y Cajal en contacto furtivo con una curiosa biblioteca de novelas. En su hogar de Ayerbe no se consentían libros de recreo, como no se consentían pinceles. En sentir de su padre, no debían los jóvenes distraer la imaginación, durante el período educativo, con lecturas frívolas (p. 117-118). Las postrimerías de este verano ayerbense habían de tener decisiva influencia en la orientación de sus futuros gustos literarios y artísticos. El hecho es significativo. A excepción de la calificación extraordinaria obtenida en Dibujo, Ramón y Cajal sólo consiguió durante sus cinco años de bachillerato, por encima de una monotonía de calificaciones bajas, otra nota brillante: la de notable en Retórica y Poética ⁸. Parecía adivinarse ya al futuro escritor de magníficas obras literarias, al futuro estilista expresivo, ordenado, diáfano y sobrio, enemigo del «flato» retórico, pese a su innata fruición en la retórica ⁹, que tan luminosamente debía señalar un día, en su *Discurso* de ingreso en la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, las condiciones del estilo científico ¹⁰.

Ya a sus doce años había podido leer Santiago, entusiasmado, de un tirón, burlando la celosa vigilancia del jefe de familia, ciertas novelillas románticas que su madre guardaba en el fondo del baúl desde sus tiempos de soltera: *El solitario del monte salvaje*, *La extranjera*, *La calle de Balzac*, *Catalina Howard*, *Genoveva de Brabante* y algunas otras, cuyos solos títulos hacen resucitar hoy todo un mundo fenecido. A hurtadillas de la severidad paterna, se lo consentía su madre (p. 118). Fuera de estas novelas, sus lecturas recreativas habíanse reducido hasta entonces a algunas poesías de Espronceda, de quien era fogoso admirador, a las

8. Archivo del Instituto de Huesca, Expedientes, carpeta 64, letra R.

9. Véase MARAÑÓN, op. cit., págs. 78 y 79.

10. Véase en *Obras literarias completas*, págs. 475 ss., principalmente p. 601.

Noches lúgubres de Cadalso y a una colección de romances clásicos e historias de caballería andante, «que por aquellos tiempos vendían a cuatro cuartos los ciegos y los tenderos de estampas, aleluyas y objetos de escritorio» (p. 118). Santiago—según confesión propia—era a la sazón un romántico, ignorante del romanticismo. De pronto, éste iba a desbordar sobre las márgenes tranquilas de su fantasía.

Habíale aconsejado su padre que consagrarse la canícula al estudio y repaso de las asignaturas recién aprobadas¹¹. El muchacho, bajo pretexto de que sus asiduas lecturas exigían silencio y recogimiento absolutos, obtuvo permiso para habilitar como cuarto de trabajo el palomar, situado junto al granero, una de cuyas ventanas daba al tejado de una casa vecina. Desde la puerta de su retiro podía avizorar cómodamente a los vigilantes de su conducta. Por refinamiento de cautela, sobre el tejado vecino, junto a una chimenea, fabricó «con tablazón, palitroques y broza una especie de confesionario u hornacina bajo cuyo asiento escondía el contrabando de papel, lápices, colores y novelas» (p. 116). Influidó por Espronceda y Cadalso, cultivó durante aquel verano, de preferencia, el registro lúgubre y melancólico (p. 117).

Y llegó así el fausto descubrimiento. He aquí su mismo relato: «Un día, explorando a la ventura mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé a la ventana de cierto desván perteneciente al vecino confitero y contemplé, ¡oh gratísima sorpresa!, al lado de trastos viejos y de algunos cañizos cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias, poesías y libros de viajes. Allí se mostraban, tentando mi ardiente curiosidad, el tan celebrado *Conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, de Dumas (padre); *María o la hija de un jornalero*, de E. Sue; *Men Rodríguez de Sanabria*, de Fernández y González; *Los mártires*, *Atala* y *Chactas* y el *René*, de Chateaubriand; *Graziella*, de Lamartine; *Nuestra Señora de París* y *El noventa y tres*, de Víctor Hugo; *Gil Blas de Santillana*, de Lasage; la *Historia de España*, por Mariana; las comedias de Calderón, varios libros y poesías de Quevedo, *Los viajes del capitán Cook*, el *Robinson Crusoe*, el *Quijote* e infinidad de libros de menor cuantía de que no guardo recuerdo puntual. Bien se echaba de ver que el confitero era hombre de gusto y que no cifraba solamente su ventura en fabricar caramelos y pasteles» (p. 118-119).

11. Así lo afirma Ramón y Cajal, p. 115, asegurando que no tropezó en junio de 1864 «con las temidas calabazas». Sin embargo, en su expediente citado consta que aprobó «todas» las asignaturas del segundo año—curso 1863-64—en los exámenes extraordinarios.

La emoción le embargó durante algunos minutos. Repuesto de la sorpresa, estudió un plan de explotación del inestimable tesoro, descartando forzosamente del todo las sospechas del dueño y las huellas delatorias de pasos por el desván, lo cual implicaba, por el momento, el respeto de los exquisitos y apetecibles dulces del cañizo. Tras madura reflexión, decidió dar el primer golpe por la mañana temprano, durante el sueño de los inquilinos, y coger los libros codiciados de uno en uno, reponiendo cada volumen en el mismo lugar de la anaquelera. Gracias a tales precauciones, pudo saborear Santiago, libre de sobresaltos, las obras más interesantes de la biblioteca «sin que el bueno del repostero se percatara del abuso y sin que mis padres sorprendieran mis escapadas del palomar» (p. 119).

El entusiasmo y la alegría que le proporcionaban las sabrosísimas lecturas, hicieronle olvidar todos los vulgares menesteres de la vida material. De esta manera peregrina se inició Ramón y Cajal en la «lectura copiosa y desordenada de cuanto en su mano caía»¹², tónica de su vida entera. No se le borró nunca de la memoria la impresión de estas primeras lecturas; algunas de dichas obras figuran entre los libros que, a sus ochenta años, recomendará para los ancianos¹³. Aunque por medios ilícitos, había trabado conocimiento con las grandes creaciones de la fantasía: «seres soberbios y magníficos, todo voluntad y energía, de corazón hipertrófico sacudido por pasiones sobrehumanas. Verdad es que casi todas las novelas devoradas por entonces pertenecían a la escuela romántica, a la sazón en boga, cuyos héroes parecen forjados expresamente para subyugar a la juventud, siempre sedienta de lances extraordinarios y de aventuras maravillosas» (p. 120).

Los libros que le impresionaron más hondamente fueron las amenísimas novelas de peripecias e intrigas de Dumas (padre) y las ultrarrománticas de Víctor Hugo, «que diputé entonces superiores al *Fausto*, al *Gil Blas de Santillana* y hasta—rubor me da confesarlo—al asombroso *Don Quijote*» (p. 120). Solazábase con las épicas aventuras del héroe de Cervantes, pero desagradaba a su incorregible idealismo la filosofía que se desprende de la genial novela. En cambio, compaginábase perfectamente con dicho idealismo el noble orgullo de quien, como *Robinson Crusoe*, «descubre una isla salvaje

12. MARAÑÓN, op. cit., p. 75.

13. RAMÓN Y CAJAL, *El mundo visto a los ochenta años*, parte IV, c. IV (=Obras cit., págs. 454 ss.)

llena de acechanzas y peligros, susceptible de transformarse, gracias a los milagros de la voluntad y del esfuerzo inteligente, en delicioso paraíso» (p. 121).

AMARGURA DE LA DERROTA POLÍTICA

Otro suceso extraordinario que marca con indeleble huella la adolescencia de Santiago Ramón y Cajal en Ayerbe, tiene carácter político. Pertenece al 1867, durante su cuarto curso de bachillerato, y a los quince años de su vida. En este año acaeció la intentona revolucionaria de Morriones y Pierrad, que tuvo sangriento epílogo en el choque de Linás de Marcuello. «General era—escribe Ramón y Cajal—el descontento contra el Gobierno. El odio a los moderados, a causa de las deportaciones y fusilamientos de liberales, había ganado hasta las aldeas más apartadas. Todo hacía presagiar próxima tormenta, de la cual el citado choque de Linás fue el primer relámpago amenazador» (p. 139-140). La sublevación de los generales fue recibida jubilosamente en Ayerbe. Muchos se aprestaban en las filas rebeldes. Cundió, en fin, la noticia de que las huestes liberales, formadas por carabineros y montañeses del Altoaragón, habían pernoctado en Murillo, La Peña y Riglos, desde cuyos pueblos corrieron hacia Linás de Marcuello, aldea situada al pie de la vecina sierra de Gratal. En Ayerbe, presa de la intensa emoción, se juzgaba inminente la entrada triunfal de los insurrectos.

De improviso apareció en la plaza Baja la columna del general Manso de Zúñiga, compuesta de algunas fuerzas de infantería y de cincuenta soberbios y vistosos coraceros. El antiguo jefe de la cuadrilla estudiantil quedó prendido por el insólito espectáculo; su descripción es magistral: «No me saciaba de admirar las bruñidas corazas y empenachados yelmos, defensas evocadoras del recio arnés de los antiguos guerreros y de las épicas luchas de la Reconquista. Subyugóme, sobre todo, el admirable golpe de vista ofrecido por los escuadrones en correcta formación. Al moverse los caballos, toda aquella masa de metal bruñido rielaba al sol como el mar rizado por la brisa; de las desnudas espadas brotaban deslumbradores relámpagos, y el polvo alzado por el piafar de los alazanes parecía como dibujar en torno de cada guerrero glorioso nimbo de luz» (p. 140).

Impaciente por combatir, partió el general en dirección a Linás. No transcurrió mucho tiempo sin que se oyera el lejano y sordo estampido de las descargas, repercutido por las montañas vecinas. Con otros chiquillos, escapóse Santiago al lugar del combate, caminando a campo traviesa. Y desde el vértice de un altozano pudo presenciar «escena lastimosa y conmovedora. Las fuerzas leales replegábanse en aquel instante, con visibles muestras de desaliento, hacia Ayerbe; mientras los insurrectos, que conservaban excelentes posiciones en las casas del pueblo y cercados inmediatos, comenzaban a correrse por el pie de la sierra, desdeñando perseguir al enemigo, acaso por no derramar estérilmente sangre española.

»Escalamos entonces cierto alcor próximo al camino por donde la tropa caminaba. Fue grande nuestra sorpresa al advertir que aquellos coraceros, horas antes gallardos e imponentes, marchaban ahora desordenados y silenciosos, abollados los cascos y sangrientos los uniformes. Algunos, perdido el caballo en la refriega, caminaban a pie, macilentos y tristes. Montados, o más bien sujetos, en caballerías y escoltados por bagajeros y soldados, venían numerosos heridos, cuyos lastimeros ayes, arrancados a cada tropicón del áspero camino, desgarraban el corazón. Y en medio de aquel melancólico desfile surgió, cual trágica aparición, la pálida figura del general Manso de Zúñiga, agonizante o muerto, mantenido a caballo gracias a los piadosos brazos de un ayudante. Profunda impresión sentí al contemplar el uniforme manchado de polvo y sangre, los abatidos y pálidos rostros de la fúnebre comitiva, y, sobre todo, la faz intensamente blanca del infortunado caudillo, horas antes rebosante de energía y altiva resolución» (p. 141-142).

Aquella imagen brutalmente realista de la guerra hizo mella en el ánimo del belicoso adolescente. «En ningún libro había leído que las heridas de fusil fueran tan acerbamente dolorosas, ni que los lisiados exhalaran quejas tan lastimeras» (p. 142). Tocóle a su padre intervenir aquellos días en la diaria curación de los soldados heridos en la refriega y en el cuidado sigiloso de otros pertenecientes a las fuerzas insurrectas, refugiados en diversas aldeas y hasta en lo más fragoso de la sierra de Gratal. La contemplación, al siguiente día, en los campos de Linás, de los infelices que sucumbieron, trajo por vez primera a su espíritu «la terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida» (p. 143). «Gran privilegio de los niños —exclama— es morir sin saber que se mueren». La expresión de calma beatífica del cadáver se le grabó para siempre en el recuerdo y, con ella,

la soberana tragedia que acusa «ese abandono del espíritu y la dócil entrega de nuestros órganos a todas las disolventes injurias de las fuerzas cósmicas» (p. 144).

Náufrago en este turbio oleaje de sentimientos, sorprendió al año siguiente a Ramón y Cajal la revolución de septiembre. «Ayerbe, villa de seiscientos vecinos y conocida en todo el Altoaragón por el liberalismo de sus hijos, no podía permanecer indiferente ante el alzamiento nacional» (p. 165). Cuando llegó la nueva de la batalla de Alcolea, sus paisanos se sublevaron también, proclamando el credo progresista, en una hermosa mañana de otoño. Después de las obligadas muestras de regocijo, cuenta Ramón y Cajal un hecho que, aunque simpatizante con el movimiento liberal y con aquellas patrióticas bullangas, «jamás he podido comprender» (p. 166). En cumplimiento de cierto desdichado bando de la Junta revolucionaria provincial, el comité de Ayerbe «desmontó las hermosas campanas de la iglesia y las redujo a añicos». Aquel acto de «inútil vandalismo» y, en particular, aquella falta de sentido artístico del pueblo le hundieron en sombras de remordimiento. «Los destructores de aquellas campanas, ¿cómo no sintieron que rompían también algo vivo y muy íntimo, que renunciaban a recuerdos queridos, que renegaban de fechas inolvidables?» (p. 167). Y reacciona con toda la fuerza de su mentalidad contra el fraude de las «llamadas libertades modernas» y contra la postura de los «empingorotados y orondos paladines del individualismo», que no llegan a comprender que para el jornalero la palabra libertad es un simple sinónimo de bienestar: todo lo demás, «puros tiquismiquis, cuando no burlas sangrientas» (p. 169-170).

Estos acontecimientos y estos pensamientos troquelaron la mejor parte de su alma. «En los años en que Cajal era joven—comenta Marañón¹⁴—, España atravesaba la amargura de la derrota; y puede asegurarse que la tribulación del hispanismo del joven médico al presenciar el hundimiento del postrer jirón de nuestro Imperio colonial fue el choque que encendió en su espíritu la noble y quijotesca decisión de reparar, en el campo de la ciencia, una parte del desastre nacional.

»No hay que añadir, porque aún nos parece oír sus graves palabras, que la fecunda reacción partía de un severísimo juicio de la política y de la vida españolas, incluidas las de los siglos más gloriosos de nuestra Historia imperial.»

14. MARAÑÓN, op. cit., págs. 60-61.

AURORA DEL AMOR

Los recuerdos de la infancia y la mocedad de Ramón y Cajal no podían solamente ilustrarse con relatos de travesuras de chicuelo o de aventuras artísticas, literarias o guerreras; en vano buscaríamos así en ellas el aspecto más sutil y placentero de la adolescencia: lo que él denomina *intermezzo* sentimental o, con frase espiritual pedida en préstamo a De Amicis, la *aurora del amor* (p. 163). Aunque este aspecto sólo ocupa dos páginas en su libro *Mi infancia y juventud*, bien merece cerrar como colofón este simple desglosamiento de sus memorias.

«Frisaba yo—declara—entonces en los dieciséis años y vivía en Ayerbe. Mis hermanas, Paula y Jorja, tenían la costumbre de coser y bordar durante las interminables noches invernales, junto al hogar, en unión de algunas amigas íntimas. Una de las más asiduas a nuestra tertulia casera llamábase María. Tenía catorce abriles, poseía ojos negros, centelleantes, grandes y soñadores, mejillas encendidas, cabello castaño claro, y esas suaves ondulaciones del cuerpo, acaso demasiado acusadas para su edad y prometedoras de espléndida floración de mujer» (p. 163). Fue una progresión insensible desde la curiosidad al afecto. Pronto advirtió Santiago que le eran necesarios su trato y su conversación, que le turbaban sus ausencias; prodigábale atenciones y servicios; dibujaba para sus bordados letras y adornos; regalábale dulces y estampas; prestábale libros de poesía y novelas sentimentales. Pero el idilio no llegó a cristalizar.

El estado efectivo, consistente en un dulce embeleso, fue consumido por la cortedad y la timidez del mozo. «Pocas veces—anota a este propósito—la aurora del amor se trueca en mediodía sentimental, y menos en pasión satisfecha» (p. 164). La imagen de la hermosa muchacha fue desvaneciéndose de su memoria; habíase hecho demasiado mujer. «Al fin, cierto mocetón del pueblo, menos tímido y reservado que yo, habló a sus padres y se casó con ella. Hoy es madre de muchos hijos y abuela de muchos nietos» (p. 165).

Otra mujer le estaba destinada: una de aquellas niñas de Huesca que, cuando salían del colegio, se escondían al verle, temerosas de alguna furtiva pedrada. Entre las que le cobraron más horror, había «cierta rubita grácil, de grandes ojos verdemar, mejillas y labios de geranio y largas trenzas color de miel. Su tío y padre, a quienes nuestros

diarios alborotos impedían dormir la siesta, habíanle dicho pestes de *Santiagoé*, el chico del médico de Ayerbe, y la pobrecilla, en cuanto topaba conmigo, echaba a correr despavorida, hasta meterse en su casa de la calle del Hospital» (p. 134).

Años más tarde, Santiago, de vuelta de un paseo por Torrero, en Zaragoza, debía volver a encontrarla, con un rostro sonrosado y primaveral, semejante al de las madonas de Rafael (p. 280). Aquella preciosa niña asustadiza, en la que apenas *Santiagoé* había reparado en los tiempos de sus travesuras en Huesca, resultó, andando el tiempo, la madre de sus hijos.